

- CUANDO MENOS LO PIENSAS, SALTA LA LIEBRE -

Este refrán tan popular no sólo sirve para identificar una cierta escena de caza. Se puede emplear en cualquier situación coloquial en la que en cierto momento de una rutinaria conversación, aparece una frase o una noticia que identifique algún hecho o situación que aclare cualquier duda sobre a que quien la escucha queda sorprendido, enterándose o descubriendo algo inesperado. Algo sobre algún suceso o leyenda en la que el motivo de la cual se encontraba en una nebulosa, que para el cazador de palabras raras o sucesos, uno no comprende hasta el momento en que sale a la luz la verdad de tal o cual hecho. Es en ese instante cuando el cazador apunta y retiene en su mente la frase, que despeja la nebulosa nube que durante años cubría las razones que impulsaron a alguien a actuar de una forma u otra ante un caso que precisamente ante la falta de información, se forjan con el tiempo comentarios y dudas que al fina hacen que desvanezcan con los años. Y el otro día, a mí, como cazador de noticias y palabras aficionado, me saltó la liebre que daba razonamiento a lo que seguidamente voy a intentar relatar.

La sorpresa sucedió en la sala de espera del Hospital Lluís Alcanyís de Xàtiva. Estábamos sentados mi esposa y yo a la espera de que terminase una consulta médica rutinaria que tenía mi hija programada con antelación. De pronto se nos acercó otro enguerino para saludarnos. Mientras nosotros esperábamos el final de la consulta, él os dijo que esperaba la ambulancia que le llevaría a su domicilio. El tiempo que duró la espera lo dedicamos a recordar cosas y sucesos que ocurrieron en nuestra juventud. Este enguerino también abandonó su patria chica, pero por motivos distintos al de esta historia.

Lo que voy a relatar es la fiel versión de lo sucedido: el motivo por el cual se autoexiliara hace más de cincuenta años con la convicción de no regresar jamás a tierra enguerina.



Con el compañero de coloquio y espera, mantengo una buena relación. Este paisano enguerino, en uno de los momentos, me dijo que casa no tenía en Enguera, pero sí conserva terrenos dedicados a la agricultura, pero que no le apetecía acercarse por Enguera. Esta respuesta me sirvió para hacerle una pregunta: “¿No habrás hecho juramento de no pisar suelo enguerino el resto de tu vida, como hizo nuestro paisano limpiabotas?”, a lo que me contestó que lo de Miguel, refiriéndose al limpiabotas fue una causa totalmente distinta a la mía. Y a renglón seguido, me contó los motivos por

los que el limpiabotas de mi pueblo, se autoexilió de por vida, cosa que, de momento, está llevando a cabo.

El oficio de Miguel como limpiabotas lo heredó de su padre. Tenía un defecto físico que, en aquellos años, solía aparecer como consecuencia de una rotura de cadera siendo niños: tenía una pierna más corta que otra. Esto le impedía realizar trabajos pesados y de campo, encontrando en su cepillo, las cremas y un trapo negro como vestimenta, la manera de recaudar los mínimos ingresos para sacar adelante a su familia. Este trabajo lo realizaba bien en su domicilio o también en otras viviendas particulares que tenía apalabradas para que cada semana, o a lo sumo dos (dependiendo del estatus familiar o la lluvia), pudiera ir a limpiarles el calzado, para que el siguiente domingo o festivo, pudieran acudir a la misa de doce, denominada Misa Mayor. En aquellos años, para el cristiano practicante era necesario y obligado acudir con sus mejores galas a la parroquia de San Miguel Arcángel.

El padre de nuestro protagonista también practicaba el pluriempleo ya que en los entierros tenía la misión de acudir a casa del difunto con una pequeña mesa cuadrada que transportaba sobre su espalda, sobre la cual colocaban el féretro con el difunto, a la espera del sacerdote, para trasladar al difunto hasta la parroquia, donde celebrarían la misa de Córpo Insepulto.



En aquellos años era costumbre que el sacerdote que celebraba la misa, fuera a la casa del fallecido, donde la familia, vecinos y amigos esperaban junto al féretro en el umbral de la vivienda, tras una larga noche de rezos y lamentos. Cuando el cortejo religioso llegaba, los lamentos y lágrimas se intensificaban; los hombres de la familia con brazaletes negros, las damas, con negros pañuelos sobre sus cabezas. Hacían juego con sus indumentarias. Durante años sería su único color obligatorio por costumbre.

Al siguiente día del entierro, la poca ropa de color que las mujeres tenían, se veía teñida de negro luto, en calderas que hervían en el fuego de sus respectivos “allares”.

Cuando el sacerdote pronunciaba las oraciones de rigor, cuatro hombres ponían sobre sus hombros los restos mortales de su familiar o amigo. En ocasiones eran hombres contratados por la familia por cierta cantidad de dinero para realizar el traslado hasta la parroquia y el camposanto. El orden del cortejo fúnebre, si mal no recuerdo, era el siguiente: primero, nuestro personaje, portando la cuadrada mesa, seguido por el séquito religioso; luego, seguía el féretro con el difunto; tras éste, la familia con los amigos y convecinos. Si el difunto había sido hasta su muerte, o e algún momento de su vida, músico, la banda le acompañaba hasta el lugar donde se despedía el duelo, tradición que todavía se conserva en la actualidad.

Como digo, el padre de Miguel, con su renqueante caminar, marcaba el itinerario a seguir hacia la parroquia. Si el difunto vivió e la zona baja (calle Zalamea,

Santa Teresa o alrededores), subían por San José, en busca de la plaza de la fuente, para continuar por Santa Bárbara, calle del Rosario, en busca de la plaza Martín Barrón, Moreretas. Si el fallecido fue de Santo Tomas o alrededores, marchaban en busca de San Antón, para enlazar con la calle del Rosario y detenerse en la citada plaza Martín Barrón. Si el muerto vivió en el barrio alto, Santísimo, San Antonio de Padua, San Ramón o adyacentes, bajaban por Santa Cruz, D. Enrique Sánchiz para desembocar en Moreretas. Todos se detenían donde lo hacen hoy en día, donde el sacristán esperaba con la puerta de Moreras abierta. Los campaneros, desde la base del campanario, con gruesas cuerdas, acompañan durante todo el recorrido al cortejo fúnebre, entonando el toque de difuntos.

Cuado Miguel tuvo edad para hacerse cargo del trabajo, su anciano padre pasó a la reserva, dándole la alternativa, como a los toreros y entregándole la pequeña mesa cuadrada que siempre tenía en su domicilio, así como la caja con los cepillos, la crema y unos trapos teñidos por el betún, así como un pequeño taburete que le servía de asiento cuando limpiaba los zapatos de sus clientes.

Miguel siguió la tradición de su padre. Salía por el pueblo y se introducía en bares y cafés, particularmente los domingos, en busca de seguros clientes. Quizá en esa dinámica pasara años pero coincidió que, durante un periodo de tiempo, las autoridades prohibieron tajantemente el que los vecinos trabajaran en domingo o fiestas de guardar. La gente del campo podían, no fácilmente, burlar la ordenanza, si bien de vez en cuando se comentaba por el pueblo: “Hoy han cogido a fulano trabajando y le han multado.” En aquellos momentos cualquier empleado del ayuntamiento que usara gorra de plato, estaba autorizado para perseguir y sancionar al infractor que no respetara la ordenanza.

Esto es lo que le ocurrió a nuestro paisano limpiabotas. Sucedió que cierto domingo, Miguel salio de su casa con todo el equipaje de trabajo, quizá pensando en la necesidad de ganar unas pesetillas, y en que no le iban a denunciar si su delito era limpiar los zapatos para que la gente acudiera a la Misa Mayor con ellos bien relucientes. Pero Miguel se equivocó y el destino quiso que un municipal o “polisero” le llamara la atención por estar trabajando en domingo cuando estaba prohibido. Alguna palabra subida de tono por parte de Miguel, o tal vez el negarse a pagar la sanción que la inflexible autoridad le pudo imponer hicieron que dicho agente lo cogiera y se lo llevara detenido, condenándole y castigándole a pasar en la cárcel lo que quedaba del día y toda la noche de ese domingo negro, con la caja y la vestimenta de su honrado trabajo.

Y he aquí el enigma que ocurrió. Posiblemente sean pocos los enguerinos que sepan la causa por la que un honrado paisano renunciara de por vida a su pueblo, autoexiliándose y cumpliendo su juramento hasta la actualidad.

Esta fue la liebre que saltó y que mi cerebro atrapó el otro día en la sala de espera del Hospital Lluís Alcanyís de Xàtiva.

Esto es lo que me contaron y así trato de explicarlo.

En la villa de Enguera a 20 de julio de 2012
JOSÉ MARÍN TORTOSA.